

ciano incapaz ya de sostener la lucha que se consideraba inminente. Cuando en 27 de noviembre de 1555 el duque Cristóbal hizo su entrada en la archidiócesis de Riga, y á principios del siguiente año fué aceptado como coadjutor por el arzobispo y por el cabildo, á pesar de las disposiciones adoptadas en Wolmar, quiso Enrique también nombrar un coadjutor y sucesor en el cargo de maestre, resultando nombrado en la dieta de Wolmar de marzo de 1556 el entonces comendador de Fellin, Guillermo de Furstenberg. La postergación del mariscal Jasper Munster, que como supremo funcionario de la orden después del maestre sostenía su mejor derecho para ocupar aquel puesto, se explica por su amistad con el arzobispo y por su adhesión al partido polaco. Con esto se enlazaba una combinación política de la mayor trascendencia.

El rey Segismundo Augusto había seguido con gran atención el desenvolvimiento de los sucesos en Livonia; y como los planes del arzobispo Guillermo coincidían por completo con los intereses de Polonia, no pudo menos de aprobar la designación de uno de sus parientes, Cristóbal de Mecklenburgo, como presunto continuador de los proyectos de aquel prelado. Ya en enero de 1556, Segismundo Augusto firmó una alianza con los duques de Mecklenburgo y de Pomerania, y Alberto de Prusia era también decidido partidario del nuevo coadjutor, de suerte que los mas poderosos príncipes del Nordeste de Alemania y el soberano polaco hacían en este asunto causa común. La elección de Furstenberg, conocido como enemigo de Polonia, fué considerada como un reto; y en efecto, Furstenberg estaba resuelto á hacer frente á los enemigos de la orden, á cuyo efecto alióse con los obispos de Dorpat, Curlandia y Oesel, y con los caballeros harrio-wirlandeses, después de haber enviado á Alemania al comendador de Dunaburg, Gotardo Kettler, para reclutar soldados alemanes.

Hablaremos un poco de este personaje que tanto influyó en la ruina de la independencia livonia. Nacido en 1517 de una antigua y noble familia de Westfalia, á los veinte años llegó á Livonia lleno de ambición con el propósito de entrar al servicio de la orden, haciéndose notar muy pronto por sus especiales aptitudes. Hizo sus estudios no en tiempo de Plettenberg sino en el de los sucesores de éste, es decir, en el período en que se inició la decadencia militar y moral de Livonia, adquiriendo un perfecto conocimiento de los asuntos así interiores como exteriores del país y comprendiendo la imposibilidad de que se sostuviera el estado de cosas existente. Livonia era para él, ante todo, un terreno que ofrecía ancho campo á su ambición personal. Ignoramos los distintos estadios de su carrera dentro de la orden, y solo sabemos que en 1553, cuando contaba treinta y cinco años, era administrador de la orden y que como tal intervino activamente en los asuntos que ésta tenía en Alemania. Según parece en aquel tiempo durante su permanencia en Wittenberg abrazó las doctrinas luteranas, que profesó celosamente hasta su muerte. La primera vez que representó un papel político de importancia fué cuando en enero de 1554 se le elevó á la dignidad de comendador de Dunaburg. En este sitio, en donde el territorio de la orden confinaba con el de Livonia y en donde á consecuencia de eternas contiendas por cuestión de límites reinaba un estado de hostilidad unas veces disimulada, otras abierta, supo asegurar su situación por ambos lados, pues si por uno proporcionaba la tranquilidad á la orden, por el otro poníase en relaciones con el jefe de los protestantes lituanos, el príncipe Nicolás Radziwil, á quien ya conocemos. Aquellas relaciones con los Radziwil subsistieron aun después de la muerte de Nicolás é influyeron de una manera funesta en el desenvolvimiento de las relaciones li-

vonio-lituanas ó livonio-polacas, que en el fondo venía á ser lo mismo. Kettler fué el jefe del partido polaco dentro de la orden, pero esta tendencia suya no se traslució públicamente, antes por el contrario, á principios de 1556 se hizo confiar la misión, no exenta de peligros, de ir á reclutar en Alemania por cuenta de la orden las tropas necesarias para la lucha contra el arzobispo y su coadjutor. Sabía muy bien que era inevitable un conflicto con Polonia, pero de tal manera se condujo que ninguna de las dos partes hostiles pudo censurar su comportamiento. La crisis se resolvió durante su permanencia en Alemania. Polonia creía conocer los planes que tramaba el maestre y en ella se decía que los mercenarios de éste habían de salir de Fulda, atravesar la Silesia, dirigirse contra Dantzic y atacar al propio tiempo á Mecklenburgo; que se habían enviado embajadores á Dinamarca; que Moscú estaba dispuesta á invadir la Lituania, y finalmente que los anseáticos estaban prontos á prestar su ayuda á cambio de la renovación de sus privilegios mercantiles. De todo ello se desprendía que indudablemente se exageraban los recursos militares y pecuniarios de la orden.

La primera intervención de Polonia fué, pues, simplemente una medida de precaución, una manera de explorar el terreno. A pesar de las instancias de los mecklenburgueses, Segismundo Augusto comenzó por intentar el logro de sus propósitos por los medios pacíficos: importábase la conservación del *statu quo* que había sido creado por la elección de Cristóbal y en este sentido dió instrucciones á sus embajadores el electo de Samaiten, Jan de Damianow, y Gaspar Lancki, los cuales debían hacer la paz sobre la base del reconocimiento de Cristóbal é interceder por Jasper Munster, á quien se acusaba de traidor por sus relaciones con los polacos. Al propio tiempo que estos embajadores, que se mostraron muy altaneros y poco respetuosos (1), presentáronse otros emisarios mecklenburgueses y prusianos con objeto de hacer mas presión en el ánimo de Galen; pero la influencia de Furstenberg prevaleció, siendo despedidos los embajadores con una respuesta evasiva y abatido el peligroso enemigo Jasper Munster por medio de una serie de medidas decisivas. Dunamunde y Ascherade cayeron en poder de Furstenberg y Munster se refugió en la corte del arzobispo, de donde huyó después á Lituania porque no se creía en ella bastante seguro.

Entretanto hablábase logrado interceptar una carta del arzobispo en la que éste hablaba francamente á su hermano, el duque de Prusia, de los planes que tramaba contra la orden. Con esta carta hubo bastante para demostrar á los embajadores polacos y á los estados la alta traición de Guillermo. Livonia entera se indignó y en 16 de junio de 1556 todos los estados se declararon abiertamente hostiles al arzobispo como violador de la paz del país.

En prevision de este acontecimiento, Segismundo Augusto, que estaba decidido á no dejar caer al arzobispo, hizo activamente sus preparativos. La guerra fué inevitable cuando Gaspar Lancki, que se dirigía á Kokenhusen, residencia del arzobispo, vióse detenido en su camino por sectarios del preboste de Rossiten, que le asesinaron: pocos días después estalló la guerra civil en Livonia. El arzobispo no estaba á la altura que se necesitaba para luchar con el poder de la orden: sus villas y castillos cayeron en manos del enemigo y él mismo y Cristóbal de Mecklenburgo viéronse obligados á entregarse prisioneros, y la archidiócesis de Riga fué embargada, concediéndose provisionalmente su administración á los obispos de Dorpat y de Oesel.

(1) *Inter prandium (Lancki) cum surgere ad reddendam urinam vellet supra mensam saltavit, ac magistro non surgere jussu exivit... Lancki considerábase ofendido porque no se le había señalado el principal puesto de la mesa.* Schirrmacher, obra citada, tomo II, pág. 341.

Pero entonces moviéronse por todos lados los enemigos de la orden y sus mismos amigos le aconsejaron que evitara una lucha que podía poner en peligro su existencia. El partido polaco dentro de la orden dejó oír nuevamente su voz, entablándose por espacio de algunos meses negociaciones y siendo mediadores el emperador, Dinamarca, Pomerania, Mecklenburgo y Prusia. En estas circunstancias, Enrique de Galen falleció en mayo de 1557, sucediéndole en el cargo de maestre Guillermo de Furstenberg. Este no pudo reunir, á pesar de sus leales esfuerzos, mas que 7,000 alemanes, un peloton de campesinos y unos cuantos lansquenets, lo cual era un indicio de que la estrella de la orden comenzaba á declinar. En cambio Segismundo Augusto se había situado en Poswol, tocando á la frontera curlandesa, al frente de 80,000 hombres, de modo que de venir á las manos ambos ejércitos no podía ser dudosa la derrota de Furstenberg.

No acertamos á explicarnos lo que impidió al maestre reunir mas numerosas fuerzas, pero es probable que los enemigos de su política pusieran en su camino obstáculos insuperables, que harían también imposible suplir el número con el arrojo y derrotar á las fuerzas superiores. Es indudable que Furstenberg personalmente estaba resuelto á jugar el todo por el todo, pero de repente la actividad bélica de los livonios quedó como paralizada y no hubo mas remedio que aceptar las condiciones impuestas por Segismundo Augusto. El día 5 de setiembre el maestre recibió la orden de reponer al arzobispo y al coadjutor en sus respectivas dignidades y de ir en persona á pedir perdón al monarca en Poswol.

Desesperada debía de ser la situación para que un hombre del orgullo é independencia de Furstenberg se sometiera á tal humillación. Lo cierto es que, por mucho que le amargara, fué á Poswol á prosternarse ante el monarca, después de lo cual obtuvo de éste un documento de paz que sellaba para siempre la derrota moral de Livonia.

En este documento se prometía una amnistía general, se aseguraba al arzobispo la jurisdicción sobre Riga, y se incluía dentro de la paz á Alberto de Prusia, prueba evidente de la participación que éste había tenido en las intrigas de Guillermo.

Pero lo mas importante fué que á los pocos días se firmó un tratado en virtud del cual la orden y Polonia contraerón una alianza ofensiva y defensiva contra los moscovitas. Poco significaba la circunstancia de que este tratado solo debiera tener fuerza después de terminados los armisticios que las dos partes tenían firmados con Moscú, pues siempre resultaba para Livonia la desventaja de que no se establecía en qué forma Polonia prestaría su auxilio y qué recompensa podría esta nación exigir en un caso extremo. Todo quedaba indeterminado y solo aparecía clara una cosa y era la provocación que para Ivan significaba esta alianza.

Ya se comprenderá que Cristóbal de Mecklenburgo conservó el cargo de coadjutor: en cambio, renunció Segismundo á toda indemnización de guerra.

No cabe la menor duda de que Segismundo Augusto hubiera podido en aquella ocasión imponer mas duras condiciones, pero los motivos que le indujeron á no explotar del todo su superioridad militar eran, bien considerados, de carácter mas apremiante. La relación en que se encontraba Polonia respecto de sus mas inmediatos vecinos, ejercía una presión de la cual el monarca no podía librarse. Por mucho que deseara Prusia ver desde luego convertida á Livonia en un Estado vasallo de Polonia, era imposible dejar de reconocer que el logro de estos deseos podría traer consigo los mas graves peligros. En efecto, Dinamarca pensaba en las antiguas pretensiones que desde los tiempos de Waldemaro III había formulado sobre la Estonia, y el emperador no

estaba todavía reconciliado con la secularización de la orden teutónica en Prusia y no quería consentir en un aumento del poderío de la casa de Brandeburgo.

En todo ello entraban también las consideraciones religiosas, pues se temía un robustecimiento del elemento herético en Polonia producido por el predominio de los luteranos livonios; y así en Viena como en Roma la opinión se inclinaba á firmar una alianza eventual con Rusia. A consecuencia de una descarada falsificación cuyo origen arrancaba, según hemos visto, de Juan Slitte, creíase que á cambio de la concesión del título de rey Ivan estaba dispuesto á entrar en el seno de la Iglesia católica; y como en Roma, con ceguera apenas comprensible, se creía en la posibilidad de la reconciliación de la Iglesia católica con la rusa, Segismundo Augusto encaminó todos sus esfuerzos á impedir que se concediera al czar el título de rey. Así las cosas, de ocurrir un rompimiento con el rey Fernando por la cuestión livonia, era casi seguro que resucitarían los planes de coronación y de unión, cuyo peligro se exageraba en Polonia. Un soberano de Moscovia reconciliado con Roma hubiera realmente significado un gran peligro para las posesiones rusas de Polonia. Finalmente sabíase con toda seguridad que desde el momento en que las tropas polacas penetraran en Livonia, Rusia intervendría inmediatamente en la contienda, con lo cual comenzaría la guerra de todo el Este de Europa por la posesión de los territorios costaneros del Báltico. Mas á pesar de todo, aun se acariciaba la ilusión de que sería posible aplazar la catástrofe, y la paz de Poswol fué la expresión de este convencimiento. Polonia esperaba que en circunstancias propicias podría reanudar algún día sus proyectos.

Lo que se consiguió fué un aplazamiento de la crisis, padeciendo todos un error en lo que se refería á la duración de aquella paz aparente.

Si examinamos la situación de la orden desde el suceso de Poswol, veremos que ésta se mostró bastante fuerte para derrotar por el momento á los enemigos interiores, pero en cambio no se justifica el hecho de haberse humillado ante Polonia sin haber intentado siquiera desvenar la espada. La primera tentativa de movilización después de un largo período de paz fracasó miserablemente, con lo cual sufrieron grave quebranto no solo el respeto que el país infundía al exterior, sino también la confianza que en sí mismos tenían los livonios; y aun sin que se dudase del valor personal de cada uno, habíase puesto de manifiesto que la disciplina de la orden y la cohesión militar de sus vasallos estaban completamente quebrantadas. De los vasallos apenas la cuarta parte habían respondido al llamamiento del maestre, quedando de tal suerte comprometida la autoridad del poder supremo de la confederación livonia; y como la paz de Poswol significaba un robustecimiento del partido polaco de la orden, se aumentaron los antagonismos en su seno precisamente en unos momentos en que la alianza polaco-livonia debía preparar las fuerzas militares del czar para ponerse en movimiento.

Mas rápidamente de lo que nadie creía vino la fatalidad sobre aquel desdichado país con una violencia de que no había ejemplo en la historia de ninguno de los Estados de Occidente. Aquella parte posterior de Polonia, que era la primera avanzada de la cristiandad occidental, contra la cual se había estrellado siempre hasta entonces el poder de Moscú, estaba ya semi-rusificada y en las continuas alternativas de paz y de guerra había sufrido menos de lo que hubiera podido creerse dado el modo bárbaro con que luchaban las dos partes beligerantes. Aquella población pobre en ciudades populosas y no acostumbrada á una completa vida sedentaria, podía librarse de las devastaciones transitorias y aun sufrirlas mas fácilmente que la colonia alemana del Báltico,

cuyo carácter tanto difería del de aquella. En la colonia alemana las ciudades y los castillos casi se tocaban; por todas partes se alzaban magníficas mansiones señoriales y hasta en las clases labradoras reinaba un bienestar desconocido en Rusia y en Polonia. Una antigua civilización perfectamente conexas, una vez destruida, solo á fuerza de muchos y muy difíciles trabajos puede recobrar el perdido esplendor. La guerra de veintitres años que había asolado el territorio livonio arruinó al país y á sus habitantes hasta el punto de quedar uno y otros desconocidos.

Furstenberg había firmado la paz de Poswol porque no estaba preparado para emprender una guerra general por causa de Livonia y porque desde las fronteras, embajadas amenazadoras hacían entrever el inminente peligro de un ataque por parte de Moscou. Era de todo punto imposible sostener una lucha con Polonia y con Ivan á la vez.

Recordemos ahora la paz ruso-livonia de 1554: habíase en ella convenido expresamente que no se llevaría á cabo una alianza como la que en Poswol se había firmado; por esta razón podía Ivan acusar al maestre de haber violado el tratado, además de que sentía herido su orgullo por el hecho de haberse Furstenberg prosternado ante el rey de Polonia, su enemigo. Por eso dió á entender su propósito de obligar al maestre á solicitar también de él favor y gracia.

Ya en 1554 había enviado Ivan á Dorpat un embajador llamado Terpigoreff, nombre que significaba «sufrir el ultraje» (1), encargándole que ratificara el tratado. Los tres años que se habían fijado para el pago del tributo habían transcurrido y en el mes de febrero de 1557 algunos embajadores livonios se dirigieron á Moscou con el fin de evitar la exacción de aquel, que además de ser muy onerosa, era difícil de lograr por lo excesivo é indeterminado de su importe. El czar no quiso recibirlos y les hizo decir que si no se pagaba el tributo haría efectivo, con ayuda de Dios, sobre toda Livonia su derecho, que era simplemente el derecho del mas fuerte. Al propio tiempo el príncipe Schastunoff recibió orden de construir una fortaleza mas abajo de Ivangorod, enfrente del Narva livonio. En vano una segunda embajada que se envió á fines del año intentó obtener una respuesta menos dura y la renovación del armisticio; Ivan no quiso oír hablar ni de intervención del emperador ni de moderación de sus duras exigencias y reclamó no solo el tributo completo por la generación viviente y por todos los que en el entretanto habían muerto, sino también 50,000 florines húngaros en concepto de indemnización de los gastos de guerra. Como los embajadores no tenían poderes bastantes para contraer tan inauditas obligaciones, Ivan les despidió, y salieron de Moscou el día 16 de diciembre de 1557. La declaración de guerra del czar está fechada en noviembre: en ella recapitula Ivan todas las quejas que él y los suyos podían formular contra Livonia y anuncia que sacará de los livonios todo lo que el Omnipotente le permita, añadiendo que de la sangre que se derrame responderán ante Dios no él sino los livonios. Era, pues, inevitable la guerra rusa con todos sus desastres.

CAPITULO V

FIN DE LA ORDEN TEUTÓNICA

Furstenberg no había permanecido inactivo ante el peligro que amenazaba: como era de esperar naturalmente que el primer ataque sería contra el territorio de Dorpat, escribió

(1) Ivan en su declaración de guerra le llama *Terpi-hole*, que también significa «sufrir el ultraje», y demuestra que el nombre debía en cierto modo servir de presagio para Livonia.

al obispo Herman Wessel para inducirle á defender la frontera, ofreciéndole que acudiría á su socorro con sus lansquenets y con su caballería. El obispo le dió las gracias en frases corteses por su ofrecimiento y le dijo que esperaba que su auxilio no sería necesario, porque de seguro la embajada firmaría la paz con el moscovita. Añadió que ni sus consejeros ni su nobleza diocesana querían admitir á los lansquenets por temor á su indisciplina, creyendo que era mejor perecer á manos de los adversarios que de los propios amigos y que bastaba con reunir en Dorpat á los caballeros. Hasta el último momento conservó el obispo su confianza; y aun cuando á fines del año se hallaba dispuesto á aceptar el auxilio del maestre, todavía le suplicaba en 16 de enero de 1558 que no se precipitara. Furstenberg había también escrito á la nobleza de Reval para que ocupara las fronteras. El día 7 de enero hízose una leva general en todo el país, mientras se celebraba en Reval una boda á la que concurría casi toda la nobleza de Harrien, de Wirlandia y de la diócesis de Dorpat. Para no turbar la alegría de la fiesta, se ocultó con sin igual indiferencia la carta en que el maestre excitaba á que se guardaran las fronteras. «Aquí — dice ciego de cólera un contemporáneo — se vivía una existencia de placeres y se creía estar en el país del preste Juan.»

En 22 de enero de 1558 los rusos, en número de 70,000 hombres divididos en tres cuerpos de caballería, penetraron en Livonia mandados por el príncipe Miguel Wassilyewitz Glinski, hermano de la zarina, Daniil Romanowitz y el exzar de Kasan, Schig-Aley. Los invasores encontraron el territorio completamente indefenso. La horda salvaje, compuesta en su mayor parte de tártaros, cherkesses y mordwinos tenía orden de volverse atrás en el caso de que encontrara en la frontera al maestre y á los obispos aperecidos para la resistencia. Ivan quería que probaran si los temidos caballeros de hierro de la orden eran los mismos que cincuenta años antes.

Pero como no encontraron obstáculo alguno á su paso, los enemigos asolaron de una manera terrible aquel indefenso territorio, y sin detenerse en poner sitios que les habrían robado mucho tiempo, avanzaron hasta tocar casi las murallas de Dorpat, devastaron la Estonia hasta cuatro millas antes de Reval y se acercaron, saqueándolo é incendiándolo todo, hasta siete millas de la capital, Riga.

Era imposible librarles formal batalla: cuando encontraban enérgica resistencia retrocedían rápidamente, llevados por sus veloces caballos, sin que pudiera alcanzarles el maestre con los escuadrones que había juntado. La pesadez de los ejércitos de Occidente no podía en modo alguno luchar con el nuevo arte militar de Oriente, y el valor individual de nada servía enfrente de la enorme superioridad de fuerzas. Así los resultados de la campaña fueron una horrible devastación del país y un ciego terror que se apoderó de todos sus habitantes. Cuando los rusos, desde mediados de febrero hasta principios de marzo, evacuaron el territorio llevándose consigo un botín inmenso, Furstenberg hizo cuanto pudo para organizar el ejército, pero sus esfuerzos se estrellaron contra el desaliento que de todos se había enseñoreado y que no debe sorprendernos si tomamos en consideración la ferocidad con que se portaron las tropas ruso-tártaras durante su corta permanencia en el territorio livonio. Un contemporáneo (Salomon Henning, el consejero íntimo de Kettler) describe el proceder de los invasores en los siguientes términos: «El general en jefe de esta campaña fué un emperador tártaro, Zerzigalei, que se mostró tiránico, furioso y violento: asesinó á mujeres embarazadas, clavó en las estacas de los cercados á los niños de corta edad, mató á jóvenes y á viejos abriéndoles heridas en los costados, introduciendo en

ellas pólvora fina y haciéndoles volar á pedazos sin compasión alguna. A muchos les cortó el hueso cervical por el cogote y de esta suerte medio degollados les hizo andar hasta que en medio de los mas atroces dolores les ahogó la sangre... Muchos fueron también quemados despues de haberles atado y haber clavado en sus carnes astillas resinosas... En suma, ¡quién puede relatar todas las crueldades del furor de los tártaros! Esta descripción, de la que hemos suprimido los horrores que mas sublevan porque nuestros sentimientos no consienten siquiera recordarlos, está plenamente confirmada por los documentos que nos han proporcionado materiales para nuestra historia. ¡Tal era el modo cómo Moscou hacia la primera tentativa para sentar sus reales en Occidente!

La dieta provincial que se reunió en Wolmar en 12 de marzo de 1558 acordó, despues de largas discusiones, el día

29 del propio mes, comprar la paz á Ivan por el precio de 60,000 thalers y á este objeto enviar inmediatamente á Moscou una embajada. Pero al propio tiempo se encargó á los embajadores — y esto demostraba cuán completamente desconocían los livonios el estado en que se hallaban las cosas — no solo que discutieran con gran cuidado la suma exigida por el moscovita y otorgada por los emisarios sino que, además, recordaran al czar de qué manera, «sin culpa alguna por parte de los livonios, había devastado y asolado la pobre diócesis de Dorpat y una gran parte del país,» y le dijeran que se le concedía la cantidad para conseguir la paz y que esperaban que, como monarca cristiano, no volvería á turbarla. En el caso de que el moscovita no se dejara ablandar ni se le pudiera disputar toda la suma, los embajadores debían por lo menos regatear una parte de la concesión.



Ruinas del castillo de la orden llamado de Segewold.

¡Como si estas consideraciones, casi podríamos decir sentimentales, hubieran de conmovér á los políticos moscovitas! Sin embargo, las disposiciones que al mismo tiempo se adoptaron para la defensa de las fronteras demuestran que no se tenía absoluta confianza en el éxito de la embajada. Otro hecho que caracteriza la opinión pública de entonces es el haber la dieta provincial considerado que la terrible desolación era un castigo de Dios por los muchos y grandes pecados que continuamente se cometían y el haber acordado proceder á una reforma que acabara con los abusos y con las falsas doctrinas y ceremonias religiosas. Queríase atraer al país predicadores sabios y virtuosos, fuesen ó no alemanes, que predicaran la verdadera y pura doctrina bíblica y apostólica, y poner en planta en toda Livonia unas ordenanzas eclesiásticas «formuladas y aprobadas por teólogos cristianos evangélicos.»

Era esta la primera profesión de fe que en el sentido de las doctrinas reformistas hacia el país en masa, la orden, el arzobispo y los obispos inclusive; pero ¡cuán poco significaba tal resolución en aquellos momentos! Los propósitos eran muy buenos, pero no podían ponerse en práctica. La idea de proceder á la secularización de las diócesis, que era la consecuencia necesaria del abandono de las antiguas doctrinas, no entraba en los horizontes de aquellos contemporáneos. El mal fundamental del país, ó sea la desmoralización política, no se curaba con acuerdos adoptados por una provincia, no habiéndose hecho en este sentido nada de importancia. Los hombres son los que hacen la historia, y en Livonia faltaba una

personalidad de suficiente energía y de resolución bastante para hacer despertar de su letargo á aquella generación, moralmente disipada por una vida de placeres y políticamente corrompida por las luchas intestinas. Furstenberg, que no carecía de buena voluntad ni de talento, no supo oponer la energía necesaria y salvadora al empuje de los intereses parciales que como espesa red le envolvían. Y ahora cabe preguntarse: ¿podía encontrarse la salvación en el estado de cosas á la sazón existente? No, si se esperaba que la salvación viniese de fuera: la orden no tenía amigos en el imperio, donde entonces empezaba á iniciarse el período mas oscuro y mas revuelto de su historia; ni en Suecia, ni en Dinamarca, ni en Polonia. Todas estas potencias pensaban adquirir algo para sí el día en que se consumara la ruina de la colonia alemana del Báltico. Livonia no podía salvarse con buenos propósitos, con demandas de auxilio ni con palabras, y cuando la embajada iba camino de Moscou ya se vió claramente que la confederación livonia se desquiciaba por completo.

Seguíanse negociaciones secretas con Suecia, con Polonia, con Prusia y hasta con Rusia: los obispos parecían rebeldes, los caballeros de las órdenes se mostraban indómitos, el arzobispo y su inútil coadjutor, Cristóbal de Mecklenburgo, estaban en desacuerdo desde la última guerra, y en la misma orden reinaba una secreta discordia que se adivinaba en el hecho de presentarse cada vez mas en primer término el comendador electo de Fellin, ex-comendador de Dunaburgo, Gotardo Kettler, á quien vemos oponiéndose primero oculta y despues públicamente á los planes de salvación del maestre.